

Consuelo Tomás

---

---

Agonía de la reina



COLECCIÓN  
RICARDO MIRÓ  
PREMIO POESÍA-1994





## *Consuelo Tomás*

Isla Colón, Bocas del Toro 1957. Poeta, narradora, actriz de teatro para niños. Se graduó como Trabajadora Social. Fue integrante del colectivo musical **Demetrio Herrera Sevillano** y del **Frente de Trabajadores de la Cultura**. Fue editora del plegable **Temas de Nuestra América** y Coordinadora del colectivo de poetas jóvenes **La otra columna**. Miembra de la Compañía de Teatro y Títeres **Cataplún** como actriz, autora de canciones y co-autora de guiones y adaptaciones. Participó en la organización del colectivo de cultura **El grupo** y del **Centro de Imagen y Sonido (CIMAS)**. Laboró como co-editora y articulista de la revista **ESTE PAÍS** y como parte del colectivo de corresponsales de la revista **Pensamiento Propio** de Nicaragua. En la actualidad, ejerce el periodismo cultural como editora de la revista mensual **DECADA** y es miembra de la **Comunidad Centroamericana de Escritores**.

Parte de su trabajo aparece en la antología de mujeres centroamericanas **IXOK-AMARGO** (inglés-español) USA; Antología de poesía hispanoamericana (ed. Revista Mairena, Puerto Rico)

Obra publicada: *Y digo que amanece* (antología del Premio IPEL 1979); *Ciudad de sal* (Revista IMAGEN); *Confieso estas ternuras y estas rabias* (Ed. Formato 16, 1983); *Las preguntas indeseables* (Ed. Formato 16, 1984) *Cuentos rotos* (Ed. Mariano Arosemena 1991); *Motivos generales* (Ed. Búho, Rep. Dominicana, 1992), *Apelaciones* (2do. lugar premio Gustavo Batista 1992, Ed. Mariano Arosemena). Mantiene inédito *El cuento Edén* (poesía).

### **Portada:**

Acuarela de Arsecio Guardia



Consuelo Tomás

# Agonía de la reina

(o los diálogos necesarios)



**COLECCIÓN RICARDO MIRÓ • PREMIO POESÍA 1994**

# Agonía de la reina

(o los diálogos necesarios)

Instituto Nacional de Cultura  
Dirección Nacional de Extensión Cultural  
Departamento de Letras

# Agonía de la reina

(o los diálogos necesarios)

© Consuelo Tomás

© Primera edición, septiembre de 1995.

Editorial Mariano Arosemena

del Instituto Nacional de Cultura.

Apartado postal 662, Panamá 1, Panamá.

Se prohíbe la reproducción parcial  
o total de este material.

Derechos reservados conforme a la Ley.

Tiraje: 2,000 ejemplares

Impreso en la Impresora de La Nación

A mi abuela Cristobalina, a quien no  
conocí.  
A mi madre Olga, que creció sin ella.  
A mi sobrina Elena, que correrá con  
mejor suerte que las dos.





# *Agonía de la reina*



Darte la vida en estallidos de la carne y perderme en ello.  
Fue la máxima consigna que coronó el universo en mis  
cabellos.  
Cruce del cielo y del infierno mi vestido de flores.  
Me di en las cascadas de tu aliento  
en la luz derramada por los vasos de tu día.  
En la efervescencia y la pólvora  
con el dolor surcando los contornos de este tiempo.  
Limpíé lágrimas y escombros después de las conflagraciones  
con una caravana de fantasmas cruzándome la calma.  
Sembré las flores arrancadas de mi risa  
y te puse con ellas un jardín en el pecho.

Era un levitar de aromas en mis senos  
una comparsa de libélulas cantándome en el vientre  
un olor de mangos en las manos esparcido.  
Era mi cuerpo el lecho de tu río  
la caverna oscura en que para tu calor  
hube de inventar el fuego.  
Multipliqué los panes para tu hambre de niño  
y se fue deshojando el árbol que cuidé para ti  
contra el frío de todos los inviernos.  
En ramas desnudas bajo un cielo de plomo  
vi tornarse mis brazos extendidos.

Cuando un pedazo del sol agonizaba en mi ventana  
y tus ojos miraban caer meteoros de cruda lejanía  
yo contaba los hijos que perdí en guerras sin nombre  
los animales enjaulados en mi boca  
y los días vagabundos  
con el musgo entre mis piernas que no tuvo sello.  
Barcos fantasmas vi partir desde mi cuerpo.  
Mordí la ácida fruta de los nocturnos desamparos  
y las horas incrustaron alfileres de veneno  
en mi carne fugitiva.

Desierta y extendida como una oscura estepa  
depositó la noche sus misterios  
en la enormidad de mis amplias orfandades.  
Los guardé para ti en el cofre de mis dedos.  
Los secretos de las piedras me fueron revelados.  
La savia de los troncos me entregaron sus milagros  
para curarte al retorno de tus vuelos a la furia  
desflecado el estandarte  
con que alzaste hacia lo alto tus deseos.

De esperarte se gastaron mis sentidos.  
Llovió edad sobre mi pelo y la mirada se me llenó de humo.  
Dejaron de saltar los arlequines de mis manos.  
Aprendí a no pestañear en los eclipses.  
De mi falda se marchó el olor de crisantemos  
y el carrusel de mi risa se convirtió en silencio.  
Rota la cabalgadura que cargó mis esperanzas  
prófuga gris en su evasión perfecta  
en su tristeza yace como tenía que ser  
en un ovillo de huesos sin sustento  
sobre una mezclanza de plomo y de ceniza.





*Despertar de la doncella*



El principio fue un desplome de la aurora sobre el mundo.  
Un inocularme el escándalo en el alma. Un coro de canarios  
saludando en ofertorio lopreciado y loelegido.  
Una fosforescencia en tus ojos en señal de bienvenida.  
Un derrame de lilas en mi pelo naciendo de tus manos.  
El principio fue todo lo feliz que podía ser  
sin sombra de atroces vaticinios. Y entonces el amor  
era todo lo tangible y lo esperado. Un resquicio de alegría  
hacia soles permanentes.  
Un rociar de pétalos en el medio de un juramento anunciado.

Hube de ser madriguera para el espectro subterráneo que  
circunda tus hálitos nocturnos.  
Soportó mi cintura tus cisiones y en la espesura de todos tus  
dolores me sumergí entera.  
Pero la vida va dictando sus antiguas leyes.  
Deja caer su moneda ambivalente en mitad de tu alegría.  
Rotando sobre el eje las ofrendas se desgastan  
y una sola borrasca  
descabeza la frágil maravilla con su innoble guillotina.  
Pasa que lo sublime se convierte en lo terrible  
y aparece en el fondo de la caja el perfil de una sentencia.

Como un solo de violín la soledad me fue creciendo.  
Deshilvanada la razón que originaba el éxtasis.  
Perdida de tu rastro y tus olores  
caminé con los añicos del ensueño en la garganta.  
Roto el vestido de quererte en plenitud.  
Detenido el torbellino que en la piel me incursionaba.  
Congelada una imagen de sonrisas en los días de la fiesta.  
Un cuerpo apenas levitando de círculo y silencio.  
Rompí ese espejo de ignominia. Renegué de todos los exilios.  
Retomé el cauce del hechizo para detener  
el alma en pérdida y los incrustados punzones  
de tu ausencia. Tuve que renacer del grito y torcer  
el rumbo de una nave destinada a un inevitable precipicio.

No se trata ahora de cancelar el viaje. El camino se retoma en aras de la vida. No somos más felices, es posible. Los destiempos convierten la emoción en trashumancia. En añil que se evade de la tela. También la inocencia se anega en lo mezquino. El desencuentro es un puñal en el medio de los días. Un costurón que no se borra argumentando. Una ocupación del silencio y la duda. Pero innegable es la verdad del horizonte y su curva redentora. La sucesión del día tras la noche y la fecundación humana de lo noble. No tiene caso trepar el amor a un catafalco. Despreciar sus dones. Ignorar la ternura con la que se van imponiendo las inobjetables posibilidades de todo lo que nace.

Hay momentos en que el aire es un proyectil en los pulmones.  
Pero el camino se alarga en su canción de siglos y el candil  
se apaga si nuestra pasión se escapa.  
Decido entonces calzar las sandalias del milagro.  
Llenar la mochila vaciada en el último viaje hasta lo inútil.  
Sembrar las flores que nos faltan. Colgar nuevos panales  
en mi boca y dejar que la lluvia se lleve las miasmas  
de la pena. Buscarte hasta encontrarme. Inventar contigo  
ritos nuevos. Señora de mis lunas y mis torpes estallidos  
abro entonces un camino de arrieras en mis venas  
y no admito los motivos de lo bárbaro  
imponiendo su razón de muerte y vasallaje.





# *Alegato del guerrero*



Hicieron de tu majestad gatillo y daga.

Y también sobre ella mi condición de engendro. Habría tal vez que buscar a los culpables. Los que fueron imponiendo la mentira que creímos. Los que apuntalaron el falso rumor de tu fragilidad y mi fortaleza. Para mí, el campo de batalla. Para ti, el ignoto territorio de lo íntimo donde a menudo se forman los dislates.

En tu corona se fraguó el equívoco y se enturbió el fulgor.

Quise amarte como sólo puede amarse a quien es cómplice y comparte ese vacío que interrumpe un abrazo entre el mar y el cielo. El encuentro cotidiano del día en su partida, con la noche que arriba. La gestación con que agradece la tierra el interminable milagro de la lluvia. Pero sólo me salieron estas piedras que lancé a tu corazón. Este silencio que puse entre los dos como un océano de cieno. Tu generosidad se inundó también con lo minúsculo. Se convirtió en un círculo rosa que se me hizo estrecho y me tentó a infringirlo.

En tu quietud de sombra se conspiró el abismo.

Quise darte amaneceres cálidos. Recolectarte aromas y placeres. Construirte castillos y llevarte hasta las fuentes para beber en ellas la hermosura. Hacer el mundo a la medida del jardín aparecido en el sueño que contaste. Pero sólo pude lacerarte el alma, disparar a tu sonrisa, orinarme en la ofrenda de tu cuerpo plantando mi bandera de supremacía sobre tu vientre dulce y poniéndome un candado en el lugar donde dicen que está el alma, con un escudo de razones, dudosas como un blanco móvil.

Admito pues todo este juicio. Me hago cargo de tu muerte inevitable.

Acaté la ley que tú misma me enseñaste desde niño. Quise ser fiel a tu mortal expectativa. El príncipe valiente e impoluto, el caballero andante de llorar prohibido, el actor principal de la tragedia en la que escogiste para mí el papel del asesino. El capitán del barco, último en lanzarse al agua atravesado por su más íntimo miedo, el primero en dar los golpes y recibir tiros de gracia. Yo fui el animal oscuro, el feroz depredador de sentimientos, el fundador de una grey que bebió la leche de tus pechos y se multiplicó por la tierra

con el beneplácito de las autoridades y tu sumisión como un sello atravesando el centro del dilema.

Tuve que inventarme un vestido de arrogancia para soportar el golpe de tus lágrimas. Ser el dueño de la pradera inmensa requiere de ciertas condiciones. Disimular el miedo o el dolor no es cosa fácil. Pero ya no quiero más esta locura. Me atraganto en mi propio desamparo y en lo amargo de los días me consumo lentamente. A veces quiero ser lo que tú eres, y me convierto en caricatura infame.

Desde tu vientre fui lanzado. Entre gritos y estertores tu cadera abierta al mundo. Me ha dolido, créeme, la imposibilidad de repetir tu hazaña: el milagro de la vida. Tu secreto poder, que alguna vez usaste a modo de defensa, es más que toda mi libertad y toda mi fortuna.

Si ha de condenármese, señora, por esta su cruel agonía, sea. Con todo mi corazón deseo sin embargo, que usted sea la última reina y yo el último acusado.



*Diálogo del guerrero  
y la reina*





Me fue dado el don del gladiador impune.  
Los motivos de la piedra y de la lanza.

*Santa, inmaculada, intocada, muda. Me sentaste en un trono demasiado grande. Era mi corazón, un gorrión de alas quebradas de antemano. Una estrella apagada por su propio filamento.*

No hubo en mi imprecación por tu exterminio.  
Fue tu vientre mi origen. Tu regazo mi cueva y escondite.  
¿Cómo iba a quererte desgajada?

*No lanzaron mis ojos miradas más allá de una estrecha ventana. Experta de lo poco y de lo nimio. Secreta sierva de las lágrimas con las que me construiste el nicho.*

Me fue dado el don de la palabra.  
La concatenación del dogma. Discurso de piedra y larva.  
El mágico tejido de inocencia y utopía encadenada.

*Allí se consumieron lentamente mis pequeñas batallas sin vanguardias*

*ni victoria. No comprendí que el infinito es ancho y duele recorrerlo. Que la vida es mucho más que una estación de invierno donde un sol velado apenas nos entibia los más caros sueños.*

Yo no pedí tu silencio. Necesité tu voz como una estampida de elefantes blancos anunciando madrugadas, victorias, nacimientos.

*No comprendí que el amor es territorio sometido a los incendios. Es que me pesaba demasiado la corona. Mi torpe nobleza de perfección incauta. Mi soberanía sobre lo secundario. Mi virginal cobardía para las conquistas. Mi incapacidad voluntaria para la más dulce de todas las quimeras.*

Me fue dado ser el dueño de todo lo que se yergue y arrastra. Poderoso y absoluto. Infernal y divino. Hermoso y fatal. No pedí verte transmutada en sombra. Deshacerte en equívocos derroches de virtud sacramental cosida en el desasosiego. Tu servidumbre sin tregua ni medida. Esa ambivalencia de esclava y hada. Tu sacrificio inútil.

*Un dragón de dos cabezas ha salido de mi pecho. Ha convertido en nieve mi esqueleto, voy quedándome ya, sin aliento. La reina que fui, ha muerto.*

En verdad te digo  
me hicieron falta tus alas.



*Diálogo del guerrero  
y la doncella*



Señora de mis días:  
Señálame la ruta que lleva a tu alegría.

*Ama de la herejía. Notable guerrera. Innoble cortesana.  
Bruja de la negra huella condenada a la hoguera. Doncella  
profana. Así me nombraste.*

Ábreme una ventana al fulgor de la vendimia.  
Olvida esta inmolación inútil. Se nos va haciendo ya tarde  
para completar el mundo en todas sus esquinas.

*Hube de escuchar la voz de los oscuros lagos donde los  
monstruos duermen su sueño de leyenda.*

No más la congoja y la amargura. De lo estéril se plagó el  
tiempo que vivimos.

*Hube de mirar hacia lo alto donde habitabas condenado a  
vagar entre el azul y la caverna.*

Falsificaron mi imagen. Esta investidura en la que no me  
reconozco no merece de tu parte tanto sacrificio.

*Tuve oído atento al cálido aullido  
serenata de amor para la luna y su lechosa lejanía .  
La súplica de tu corazón forzado a los equívocos.*

El amor no es digno si nos lleva hasta el abismo y la mentira.  
Serena quiero verte en el vano de la puerta.  
Sin esa tristeza con los que a veces me miras.

*No matabas por placer estos sueños que inventé. Tampoco  
por necesidad. Eso decías, pero nadie quiso entenderte.  
Matabas porque así te lo enseñaron aquellas páginas  
erráticas en la génesis del miedo hacia lo enorme.*

No soy el monstruo que imaginó tu pena  
ni tú un ángel rebelde que vino a proclamar, inmaculada y  
flera, mi condena.

*Fueron las tuyas las dolorosas victorias del que avanza por  
laberintos de lo absurdo. La fuerza, razón de piedra y cieno.  
Arrastrando el desconcierto por los siglos sin abordar  
nunca un destino.*

Somos, simplemente, la suma de lo humano.  
El secreto rumor de lo que crece.



*Tanto buscarnos sin hallarnos. Tanto querernos y odiarnos de odio inútil.*

Fantasia y alquimia. Resumen del beso y la sonrisa.

*Abordemos otra vez la nave del principio. Matemos la serpiente. Limpiemos la matriz que nos hace salvajes y suicidas. Aquello que nos tuerce y obnubila. No más este andar en desconfianza, mudos, divididos.*

Posibilidad que detona plenitudes  
para que el futuro sea  
lo que tiene que ser.



*Epítome de  
los nuevos amantes*



**Amó y se dejó amar. Tierno y sereno fue su gesto. Se hizo pequeño para caber en ti. Te hiciste inmensa para poder abrazarlo en los caminos donde todo converge y donde todo se ilumina.**

# ÍNDICE

---

---

<i>Agonía de la reina.....</i>	<i>9</i>
<i>Despertar de la doncella.....</i>	<i>17</i>
<i>Alegato del guerrero.....</i>	<i>25</i>
<i>Diálogo del guerrero y la reina.....</i>	<i>31</i>
<i>Diálogo del guerrero y la doncella.....</i>	<i>37</i>
<i>Epítome de los nuevos amantes.....</i>	<i>43</i>

**Impresora de La Nación/INAC/817**  
**Panamá/1995**



**INSTITUTO NACIONAL  
DE CULTURA**

**Prof. Ricaurte Martínez R.**  
DIRECTOR GENERAL

**Lic. Manuel Orestes Nieto**  
SUBDIRECTOR GENERAL

**Prof. Margarita Sevillano**  
DIRECTORA NACIONAL DE  
EXTENSIÓN CULTURAL

**Prof. Arysteides Turpana**  
JEFE DEL DEPARTAMENTO  
DE LETRAS

**Arq. Arcesio Guardia F.**  
DIRECTOR NACIONAL DE  
PUBLICACIÓN Y COMUNICACIÓN

**Prof. Ramón Oviero**  
JEFE DE LA EDITORIAL  
MARIANO AROSEMENA

**Sr. Marco T. Rueda**  
JEFE DE LA IMPRESORA  
DE LA NACIÓN



En **Agonía de la reina** encontramos un discurso poético intenso de calidad sostenida; todo está presente aquí: lo lúbrico y lo cívico; lo lóngito y lo múltiple; la pasión amorosa y la cólera.

La autora inicia «en la efervescencia y la pólvora/con el dolor surcando los contornos de este tiempo», y se reconoce la caverna oscura en la que tuvo que inventar el fuego. El poema, sin acudir a una métrica estricta, conserva imperceptiblemente una alma alejandrina, que se alarga o se acorta pero al fin, se mantiene como un eje musical de la más fina estructura en nuestro idioma.

*Griselda López*  
(Panamá)

*Roberto López*  
(México)

*Antonio Paredes Villegas*  
(Panamá)